

ENRIQUE MORAL SANDOVAL: *Pablo Iglesias: «Escritos y discursos. Antología crítica»*, Ediciones Sálvora, Santiago de Compostela, 1984.

MERCEDES CABRERA CALVO-SOTELO

En 1975, al conmemorarse el cincuentenario de la muerte de Pablo Iglesias, y coincidiendo con fechas muy significativas para la transición a la democracia en España, hubo un renacido interés por la figura del fundador del Partido Socialista Obrero Español, que dio lugar a publicaciones de muy diverso contenido, enfoque y ambición; convivieron los homenajes de partido —por llamarles de alguna manera y sin que ello implique desmerecimiento—, con las críticas, más o menos fundamentadas o ideologizadas, y los estudios más «imparciales», movidos por la vocación historiográfica. Qué duda cabe que hablar y escribir entonces sobre Pablo Iglesias implicaba, casi necesariamente, mencionar una fuerza política que, aun sin la presencia que sólo dos años más tarde terminaría por despuntar, era ya una incógnita importante; una incógnita cuya presentación pública estuvo muchas veces pendiente de su trayectoria histórica anterior a 1939, pudiendo contemplarse agrios debates entre «prietistas» y «largocaballeristas», como queriendo recuperar tiempos perdidos, trasladando polémicas y actitudes que poco tenían que ver con la realidad que se vivía mediada la década de los setenta. Posiblemente la larga permanencia de la dictadura franquista había hecho difícil que las fuerzas políticas marginadas, prohibidas y perseguidas, acometieran una labor que se ha mostrado imprescindible: proceder a su propio análisis histórico, evitando apologías y sacralizaciones, sin por ello desvirtuar méritos ni biografías. Tampoco el partido comunista ha sido capaz de hacerlo, aunque posiblemente las razones en uno y otro caso no sean las

mismas. Y no se trata sólo, como recuerda ENRIQUE MORAL en su prólogo, de que los países que no conocen su historia estén condenados a repetirla, sino de que posiblemente sean mucho menos capaces de participar activa y colectivamente en la vida política.

Henos aquí —valga esto de introducción sin afán polémico— en unas circunstancias ya muy lejanas de las de 1975, con unas presencias políticas muy diferentes de las de entonces, y todavía carentes de esos análisis; pese a la abundantísima bibliografía, no contamos aún con una historia de la izquierda española, hecha con la rigurosidad y la riqueza instrumental que se ha logrado en otros países; sin ir más lejos, en Italia. Bien es cierto que hay que bregar con la dispersión, cuando desaparición o ausencia de los materiales y fuentes que serían de desear; pero también es verdad que, muchas veces, los obstáculos son más institucionales e ideológicos que objetivos, resurgiendo *filiis* y *fobias* —que decían los coetáneos de la Primera Guerra Mundial con otros fines—, los ajustes de viejas cuentas y las interpretaciones personalistas de lo que no es tal.

Contamos ahora con una nueva antología de Pablo Iglesias; su autor, ENRIQUE MORAL SANDOVAL, quizá sea hoy más conocido por su cargo público: concejal de cultura del Ayuntamiento de Madrid; pero es, también, «viejo» protagonista de la reconstrucción del partido socialista desde los últimos años sesenta, profesor universitario desde hace años, secretario de la Fundación Pablo Iglesias, bibliófilo impenitente, preocupado siempre por la recuperación de archivos, documentos y libros, no siempre, pero sí muchas veces relacionados con la historia del partido socialista. ¿Qué ha pretendido con esta antología? El mismo lo explica, anticipándose a posibles recriminaciones: trata de captar la atención, tanto del estudioso como del lector medio, buscando recoger «tantos textos amenos, dentro de lo que permite una producción casi monotemática, referidos a instituciones, acontecimientos o cuestiones de relativa vigencia, como el dar a conocer unos escritos irreproducidos desde su primera aparición o, como en el caso de la correspondencia, rigurosamente inéditos». Así, ha dividido la antología en cinco apartados. El primero, de escritos iniciales del último cuarto del siglo pasado, difíciles de localizar algunos de ellos, centra su contenido en la definición y descripción del partido socialista, su programa, y de las sociedades de resistencia, recogiendo la versión de Iglesias

de los motivos de la escisión en la Federación española de la AIT. El segundo es una selección de artículos de prensa, fechados a partir del final de siglo hasta los últimos de 1925, agrupados temáticamente. El tercero reproduce algunas de las intervenciones parlamentarias de Pablo Iglesias, aspecto éste de su actividad que, salvo contadas excepciones, no había sido incluido en antologías anteriores. El cuarto apartado es de inéditos: la correspondencia de Iglesias con Engels, además de con otros tres personajes vinculados al partido. Y un quinto, final, como semblanza, en el que aparte del dato curioso y erudito de reproducir la partida de bautismo, recoge una larga entrevista autobiográfica hecha por GONZÁLEZ FIOL, amén de una serie de variadas opiniones de políticos e intelectuales sobre el fundador del partido socialista. Cada uno de estos apartados va precedido de una nota explicativa de su contenido y, todos ellos, de una sucinta biografía de Pablo Iglesias, que no pretende agotar el tema, sino introducir lo que sigue. Permítaseme aquí una puntualización: para el lector no familiarizado con nuestra historia contemporánea es recomendable un esfuerzo mayor de contextualización, y no creo que esto sea deformación profesional. Tratar con justicia a Pablo Iglesias requiere necesariamente el mundo alrededor, además del que él presenta en sus escritos, cartas y discursos.

Digo esto porque no sólo por los inéditos que felizmente gracias a esta obra podemos tener ya a mano, sino por el conjunto de los textos seleccionados, este libro tiene la virtud de abrir nuevas preguntas sobre la figura de Pablo Iglesias. Una figura, como escribe rememorándolo Indalecio Prieto, que tuvo —y tiene— una «atracción simbólica», que ha llevado a identificarlo con el socialismo español. Esa identificación borró, casi hasta su muerte, actitudes e interpretaciones heterodoxas dentro de las propias filas del socialismo, como si no hubieran existido, como si la presentecía del Abuelo disipara, sin violencias, las disensiones; o como si él estuviera por encima de todo ello, salvaguardando la integridad y la pureza del ideario. Pero disensiones hubo; hoy las conocemos, quizá todavía con poca profundidad y de manera mucho menos extendida; reconocerlas no es un baldón; al contrario, no dejaría de ser síntoma de vitalidad. Más que buscar responsables de este desconocimiento, lo que procede es un análisis del partido socialista, como

partido y en su contexto; ese análisis ofrecería otra imagen de Pablo Iglesias, ni mejor ni peor, simplemente más real. Algunas de las cartas recogidas por ENRIQUE MORAL en esta antología descubren, y al mismo tiempo confirman, lo que por los artículos de prensa y las intervenciones parlamentarias podíamos vislumbrar; algo que siempre ha sido comentado laudatoriamente, sin extraer todas sus potencialidades. El propio Pablo Iglesias, en la expresiva entrevista hecha por GONZÁLEZ FIOL, lo dice claramente: «He tenido que dedicar más tiempo a la acción, a la propaganda del partido y a la organización societaria que a mi propia cultura. Yo no he tenido casi tiempo más que para estudiar en el libro de la vida y aprender lo que he podido observar luchando.»

La organización, el partido, las sociedades de resistencia, el sindicato, la prensa..., motivos de preocupación permanente, constante, agotadora, abrumadora, que confieren a Pablo Iglesias, sin duda, su califiativo de fundador, cerador del socialismo español; preocupación minuciosa, controlando hasta la pura formalidad de inscripción de una Agrupación local; preocupación absorbente, como muestra esa correspondencia que Prieto señala y ENRIQUE MORAL confirma, como una de las actividades que mayor tiempo ocupaba al Abuelo, llevándole por carta a todas partes. Una actividad que, desgraciadamente, nunca podrá ser recogida en su totalidad, y de la que cabe deducir bastantes implicaciones, tanto para el funcionamiento interno del partido como para la propia personalidad de Pablo Iglesias.

Con respecto a lo primero, baste pensar lo que suponía aquella omnipresencia, redoblada por el aura del Abuelo. Lo apunto sin crítica: en todos los partidos de la izquierda europea del momento pueden hallarse estas figuras simbólicas, identificadas con la organización; pero habría que explicar en virtud de qué criterios se accedía a ese puesto. En el caso español, además, la función del liderazgo político en los partidos de la Monarquía restaurada es un fenómeno esencial, pero escasamente estudiado desde la ciencia política. Aplicable a todos los partidos debería, sin embargo, haber desempeñado un papel diferente en los partidos del turno, partidos de notables y caciquiles, que en un partido como el socialista, con una base organizada, viva y actuante, que enviaba representantes a los Congresos y votaba resoluciones; un partido lejano a las as-

piraciones de poder, que tuvo, durante unos años —hasta 1918— un único parlamentario: Pablo Iglesias. Nunca hubo, a diferencia de lo ocurrido entre conservadores, liberales y republicanos, un fraccionalismo personalizado dentro del partido socialista; había otras figuras, pero ninguna interfería con la de Pablo Iglesias.

Esa dedicación a la organización, en toda su complejidad, tuvo que marcar la dinámica interna del partido. Por supuesto, tuvo también sus costes personales. «Joven, entusiasta, vehemente, distinguiéndose por la facilidad de adaptación del pensamiento ajeno más que por la actividad intelectual propia», le describe Anselmo Lorenzo; de «escasas dotes intelectuales», dejó como herencia «un socialismo inculto, pobre de ideas, carente de producción literaria», como le zahería *El Debate* aún muerto, recriminándole por algo que podría generalizarse. Capaz, eso sí, de movilizaciones desusadas, de adoraciones sin límite; de apreciaciones como las que reflejan los testimonios de ORTEGA, de MACHADO..., aun del propio MAURÍN, aunque la suya sea enmarcada en una acusación de aburguesamiento y penetración en el entramado de la política liberal. La figura de Pablo Iglesias despertó emociones: su entereza, su ética, su moral, que él mismo trasladó al partido como cualidades diferenciadoras.

La endeblesz teórica no era exclusiva de Iglesias, como puede desprenderse de los estudios ya existentes sobre la recepción del marxismo en España. Una recepción a través de traducciones y resúmenes, terciada por el guesdismo francés y deudora de hábitos y principios del internacionalismo de la AIT en su versión aliancista. Una recepción que, salvo contadísimas excepciones, dio muy escasos frutos intelectuales. La propia definición rígida del partido, como partido de clase, fue un obstáculo a veces insuperable para la participación de quien no fuera obrero: todavía en 1925 Iglesias explicaba que el partido estaba abierto a todos. Pero aún más que esto, por importante que fuera, habría que detenerse en el hecho de que esa carencia teórica se suplía con esquematismos y reduccionismos excesivamente simplistas al analizar la situación española. El maniqueísmo con protagonistas cambiantes se subsumía en

un determinado consolador de la llegada, más o menos próxima, según las épocas, del socialismo; una llegada para cuyo advenimiento había que estar preparado. Las «verdades» que Pablo Iglesias supo transmitir y propagar, «tomadas de la vida misma» con un soporte teórico mínimo, se repiten una y otra vez, aun cuando la estrategia del partido variara sustancialmente, como ocurrió al sellarse la conjunción republicano-socialista; deben ser insertas en su momento y en la propia biografía de Iglesias. Alguna de estas verdades, sustentadas con una carga moral y ética incontestable, prima sobre las demás: por encima de todo la necesidad de fortalecer, agrandar y proteger la organización, afirmándola frente a cualquier otra organización política burguesa —la política de clase contra clase, frente al republicanismo— y evitándole riesgos —la condena de la huelga general, o de las huelgas inoportunas; el rechazo del anarquismo; la apelación a la unidad ante la escisión comunista, la defensa de las libertades, finalmente—. Junto a ello, la primacía de la «acción política» sobre la «acción económica», un principio esgrimido fundamentalmente frente al «error» anarquista, tratando de enseñar y convencer a la clase obrera del camino correcto, y un principio con implicaciones mayores al delinear unas relaciones determinadas entre partido y sindicato que formaron parte relevante de la trayectoria histórica del socialismo español.

Pero seguir por este camino nos llevaría demasiado lejos y quizá sea este aspecto, el de la ideología, el más estudiado en Iglesias por la historiografía reciente. Sobre él, además, pueden encontrarse muestras más que significativas en los textos seleccionados por ENRIQUE MORAL para su antología. En esos textos, además, quedan bien manifiestos rasgos esenciales de la biografía del Abuelo. El socialismo español, pese a su temprano nacimiento como organización política, no llegó a adquirir verdadera presencia y protagonismo público hasta los años de la primera guerra mundial. Detrás quedaban muchos años de esfuerzo paciente para sentar las bases organizativas de una fuerza que desempeñaría un papel crucial en el esfuerzo democratizador y modernizador de la II República. Ese paciente esfuerzo estuvo sostenido, en grandísima parte, por la presencia de Iglesias; su biografía habla por sí misma, y le mereció el cariño, la admiración y devoción de muchos, la consideración y el respeto de propios y extraños. Fue una vida entregada a una tarea

en la que tenía fe absoluta. Esa vida, esa entrega, esos principios y verdades, marcaron no sólo la trayectoria política del socialismo, sino también actitudes y, aún más, mentalidades en sectores importantes de la clase obrera española, y dejaron, sin duda, una herencia sólida. Reconstruir todo ello, analizar y entender los contenidos de la inserción del socialismo en la historia contemporánea de España es una tarea ineludible para la cultura española hoy, por mucho que los tiempos hayan cambiado... y el socialismo también.